

Valeria Añón, Loreley El Jaber y María Jesús Benites (comps.), *Modernidad, colonialidad y escritura en América Latina. Cruces discursos y relatos*. San Miguel de Tucumán, EDUNT, 2020, 476 páginas

Este libro es producto de una fecunda labor editorial e intelectual cuyo origen se encuentra en el coloquio “Modernidad, colonialidad y escritura en América Latina”, presidido por María Jesús Benites, también editora y compiladora, junto con Valeria Añón y Loreley El Jaber. La obra está organizada en cuatro bloques que contienen 18 brillantes artículos, además, cuenta con un esclarecedor prólogo, a cargo de Benites, donde se expone de manera clara la estructura del texto, su origen, contenido y objetivos; así como un epílogo escrito por Noé Jitrik, quien cumple con éxito la compleja tarea de dar cierre a la valiosa diversidad académica plasmada en los textos de todos los autores colaboradores.

El primer bloque, “Traducción violencia y representación”, propone distintas lecturas de la producción historiográfica colonial, que refleja complejas disparidades representacionales y distintos grados de violencia material y simbólica. De esta forma, los autores exponen la construcción y deconstrucción de un “espacio colonial latinoamericano” que, como bien comenta Carmen Perilli, fue pensado bajo la metáfora del espejo ustorio. Eyda Merediz nos sumerge en el proceso de colonización de las Canarias, antesala del americano, y revela la excesiva romantización de los procesos colonizadores, es decir, una red de ficciones que enmascaran el carácter violento de los procesos de dominación. El bloque finaliza con los textos de Olga Santiago, Itzá Eudave Eusebio y Carolina Sancholuz, quienes nos hablan de la labor reclasificatoria europea del “nuevo mundo” mediante la re-presentación, dinámica expuesta por Itzá Eudave, pero también nos revelan la heterogeneidad del colonialismo occidental, cuyo seno no estuvo exento de tensiones, expresadas, por ejemplo, en la obra de fray Bartolomé de las Casas y en los grabados, xilografías y calcografías de los reformistas del siglo XVI y XVII. Este tema, planteado en los artículos de Santiago y Sancholuz, resulta especialmente interesante, pues nos habla de la existencia de una crítica al colonialismo hispano al tiempo que sucedía; sin embargo, dicha crítica también implicaba una mentalidad colonialista por excelencia, pues no dejaba de colocarse a sí misma como un modelo superior al español y católico, a lo indígena y “pagano”.

El segundo bloque se titula “Cartografías y relatos imperiales” y cuenta con la colaboración de Valeria Añón, María Jesús Benites y Marcelo Figueroa; la sección se centra en el corpus escriturario legado por viajeros y conquistadores que acudieron al “nuevo mundo”. Estos textos, a los que El Jaber denomina relatos imperiales, son abordados como un andamiaje discursivo complejo que dio forma a un mundo hasta entonces desconocido para los europeos. Así pues, la apuesta de este bloque no solo radica en evidenciar estas estructuras escriturarias, sino en desmontarlas en cuanto instrumentos de la colonización.

En su texto, Añón nos habla de la autoconstrucción realizada por Hernán Cortés en sus *Cartas...* y también saca a la luz los “silencios cortesianos”, elemento fundamental de la estrategia discursiva que enaltece a la conquista y singulariza a su protagonista; de ahí que la autora hable del texto de Cortés como un “artefacto escriturario”. El segundo artículo, “Lo mucho que encierra el orbe...”, corresponde a Benites, quien propone una re-lectura del relato de viaje de Pedro Ordóñez de Ceballos, entendido como una cuasi fantástica labor cartográfica del “nuevo mundo” no realizada a través de mapas, sino mediante la representación escrita, útil instrumento para que los lectores europeos asimilaran y dieran un lugar al continente “descubierto” en su universo mental.

Por otra parte, Figueroa se remite a un aspecto muy particular de las producciones coloniales: el saber naturalista del “nuevo mundo” y su transmisión hacia Europa. Figueroa nos llama la atención sobre el contexto cultural y político detrás de la generación de estos saberes. Asimismo, el autor saca a la luz el proceso discursivo y la estructura del saber científico colonialista que termina por invisibilizar los nombres de los poseedores del conocimiento transmitido, que en este caso se encarnan en la figura de Thomasa Altolaquirre, mujer criolla que habitó en el Virreinato de la Plata hacia el siglo XVIII.

“Agencias coloniales en conflicto”, es el bloque de mayor extensión, está compuesto por los artículos de ocho autores que definen al corpus escriturístico colonial como una miríada de intereses diversos, vestigios de las agencias hispanas que actuaron en el “nuevo mundo”. Inicia Loreley El Jaber, quien explora las posibilidades de reconstruir voces populares mediante el archivo judicial rioplantense; su artículo se conecta con el de Enrique Cruz y Girt Koeltzsch, quienes también par-

ten del ámbito judicial para analizar el caso extremo de la rebelión, fenómeno que no pierde relación con las agencias novohispanas. Ambos textos nos abren la puerta a la posibilidad de hallar trazos y voces silenciadas (lo popular) en el marco judicial colonial, además invitan al lector a cuestionar la imagen monolítica de la producción colonial.

Clementina Battcock y Óscar Martín Aguirrez dedican sus textos a los repositorios coloniales, pero desde diferentes perspectivas: Battcock nos conduce por el rocambolesco recorrido de la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc, caso de estudio privilegiado para conocer las complejas dinámicas del archivo novohispano, así como los problemas heurísticos y hermenéuticos que esto implica para la disciplina histórica moderna. Aguirrez, en cambio, nos remite a la biblioteca personal del extirpador de “idolatrías”, Francisco de Ávila, como ejemplo que le permite proponer una teoría en torno a la circulación y censura de la cultura popular en el Virreinato del Perú. En ese mismo sentido crítico, el texto de María Inés Aldao converge con el tema de la “fuente colonial” al problematizar las clasificaciones convencionales de las crónicas novohispanas desde un minucioso análisis a nivel conceptual; al respecto, propone una nueva caracterización de carácter dialogal: la crónica misionera. Por otra parte, el artículo de Rossana Nofal se conecta con el de Aguirrez, pues ambos autores nos presentan un problema común: la compleja relación entre la autoridad letrada (el bibliotecario, el repositorio, el escritor, es decir, agentes y agencias) y las voces subalternas; no obstante, Nofal parte del ámbito cultural de la literatura, específicamente de las obras de Carlos de Sigüenza y Góngora.

Cierra Juan Ignacio Pisano, quien ofrece una interesante labor diacrónica que abona al tema de lo popular y de las voces plebeyas, pero desde la ficción gauchesca y revolucionaria de lo nacional y los modos en que la crítica ha percibido la construcción de esta literatura como género.

El cuarto y último bloque del libro vuelca el total de su atención sobre la obra de Sor Juana Inés de la Cruz, figura emblemática de la literatura novohispana. Los tres artículos que componen esta sección guardan considerable relación y sacan provecho de la “licencia artística” literaria, lo que les permite jugar con la anacronía como instrumento para proponer una lectura sorjuaniana enfrentada a preguntas

actuales. Beatriz Colombi nos presenta los textos epistolares y poéticos de sor Juana como exponentes de un tipo particular de representación textual “desviada” que ya trazaba lo americano y que se desarrollaba al margen de los esquemas imperiales novohispanos, pero también como un indicador del surgimiento de “agencias” femeninas al margen de lo patriarcal. Por su parte, Carla Fumagalli aborda el legado de la erudita en tanto archivo y reflexiona sobre los límites de este como lugar de conservación, pero también como lugar de silenciamiento, sentido que conecta este artículo con el que le precede, pues ambos nos platican acerca de las redes intelectuales (Colombi al hablar del mecenazgo, Fumagalli al hablar del archivo) en su función de agencias. Finalmente, Facundo Ruiz, repasa los vericuetos nominales acerca de aquel que considera el mejor poema de la poetisa *Primero sueño*, título que, de boca en boca y de manuscrito en manuscrito, fue cambiando de nombre. En este operar, Ruiz encuentra un lugar intermedio entre la intención original de la autora y la recepción de su texto y su publicidad, un espacio donde, desde luego, hubo lugar para la apropiación, no solo de esta obra en particular, sino del lenguaje mismo.

En suma, *Modernidad, colonialidad y escritura en América Latina* nos conduce por un complejo entramado histórico que es sincrónico y diacrónico al mismo tiempo. Por una parte, cada sección remite a producciones culturales coloniales pertenecientes a diferentes geografías y temporalidades, pero todas inscritas en los complejos circuitos de lectura-escritura, propios de aquello que podríamos denominar “el largo pasado colonial latinoamericano”. Por otra parte, el texto posee otro nivel narrativo, uno que salta constantemente entre el pasado y el presente, que atrae las producciones culturales ante el lector, al tiempo que sitúa al público en el contexto específico del corpus escriturístico colonial, que es constantemente increpado frente a lecturas contemporáneas y decoloniales. Así pues, considero que los artículos que componen este libro condensan un valioso crisol sobre las tendencias más recientes de los estudios coloniales y su lectura me parece imprescindible para todo aquel interesado en el tema.